

Una epidemia de piel fina

(16/04/2026)

Estar cansado y contento podría parecer paradójico, pero en algunos casos, para cierto grupo de personas, ir a trabajar es combinar estos dos elementos. Algunos, cuando nos despertamos, aún estamos cansados y, al mismo tiempo, vamos a trabajar contentos, porque nos hace ilusión nuestra tarea. Somos afortunados.

Vivimos un raro momento en el que estamos rodeados de gente que sienten que están perdiendo la vocación, si es que alguna vez la tuvieron. Contribuyen a ello muchas razones, y una nada menor es que últimamente, en periódicos y otros medios, se generalizan mensajes de personas, más o menos jóvenes, que relativizan el valor del trabajo. Es comprensible cuando algunos tienen la mala fortuna de trabajar en lugares muy inadecuados. Pero se siembra el camino para normalizar lo anormal.

Se extiende una epidemia de piel fina. Aquellos que pasaron la guerra civil española o su posguerra, ¿tenían entornos adecuados? A la gente que hizo nuestro país a base de esfuerzo y muchas horas, ¿hubo alguien que les preguntara si se sentían bien? Tengo entendido que Juan Marsé decía algo así como que en su casa nadie tenía tiempo de estar deprimido o de mal humor, porque tenían que estar trabajando y nadie te hacía caso.

No se trata de minusvalorar a las personas que tienen situaciones de desgaste, estrés o ansiedad real. Pero tal vez también estamos sobrediagnosticando y sobreprotegiendo.

El mundo desplaza su centro hacia el sur y el este y una Europa ilusa va a la deriva real. En palabras de Claudio Magris, escritor italiano, Europa «consume más historia de la que produce». Nos hemos ido ablandando. La cultura del algodón no ha sido una buena escuela, porque crea gente sin capacidad de esfuerzo ni compromiso, sin capacidad de sobreponerse.

Analicemos el mundo con datos, y que no sean minimizadas las dificultades humanas. Pero si no describimos las cosas por su nombre, estamos condenándonos a la mediocridad y a la mentira.

Se habla de conciliar, se desea riqueza, ocio y equilibrio, que, milagrosamente, deberían generarse solos, pero cuando alguien tiene que operar a un ser querido, exigimos médicos que se hayan dejado las pestañas estudiando.

Qué curiosa contradicción y qué hipócritas podemos ser cuando depende de quien vaya a ser el beneficiario del esfuerzo de otra persona, pensamos distinto. Queremos disfrutar del esfuerzo de otros y no ofrecer a los otros el nuestro.

Tenemos demasiados presuntos profesionales en repartir los deberes y recursos de los otros, y pocos que asuman sus deberes y sus facturas. *Barbari ad portas*.